



Nuestra Hipocresía

©Gary L. Francione *

©Traducción: Ana María Aboglio**



AL ADMITIR QUE LOS ANIMALES TIENEN MENTES SIMILARES A LAS NUESTRAS, PARECE COMO SI ESTUVIÉRAMOS EVOLUCIONANDO EN NUESTRA RELACIÓN MORAL CON OTRAS ESPECIES. “NO SE DEJE ENGAÑAR”, DICE GARY FRANCIONE

¿Acaso los grandes simios, los delfines, los loros, y quizá incluso los animales “de consumo” tienen ciertas características cognitivas que les den derecho a más consideraciones éticas y a protección legal?

Así lo ha argumentado un gran número de textos en la actualidad. La idea central de este proyecto es que debemos reconsiderar nuestra relación con los no humanos si creemos que tienen inteligencia, autoconsciencia, o que tienen sentimientos. Desde el momento en que los no humanos tienen mentes como las nuestras, según algunos argumentos, tienen intereses parecidos, y, por lo tanto, derecho a más protección. Este enfoque de las “mentes similares” ha generado una industria de etólogos cognitivos ansiosos por investigar – irónicamente a través de varios tipos de experimentos frecuentes con animales– hasta qué punto son como nosotros.

Es alarmante que 150 años después de los descubrimientos de Darwin, aún estemos tan sorprendidos de que otros animales puedan tener algunas de las características consideradas como únicamente humanas. La idea de que los seres humanos tienen características mentales totalmente ausentes en los no humanos es incongruente con la teoría de la evolución. Darwin afirmaba que no hay características humanas particulares, y que sólo había diferencias cuantitativas y no cualitativas entre las mentes humanas y las no humanas; argumentaba que los no humanos pueden pensar y razonar, y que poseen muchos de los atributos emocionales que los humanos tienen.

Lo que es más preocupante de este enfoque son sus implicaciones para la teoría moral. Aunque parece algo progresivo, al indicar que realmente estamos evolucionando en nuestra relación moral con otras especies, de



hecho, refuerza el paradigma principal que ha dado como resultado la exclusión de los no humanos de la comunidad moral. Históricamente, hemos justificado la explotación de los no humanos con el argumento de que hay una diferencia cualitativa entre humanos y otros animales: estos últimos pueden sentir, pero no son inteligentes, ni racionales, ni emocionales ni autoconscientes.

Aunque el enfoque de las mentes similares afirma que, empíricamente, pudimos haber estado equivocados en el pasado, y que por lo menos algunos no humanos pueden tener algunas de estas características, no cuestiona la suposición subyacente de que ninguna característica excepto la de estar dotado de sensaciones –la capacidad de sentir– es necesaria para la significación moral.

Líneas arbitrarias

Cualquier intento de justificar la explotación animal, bajo la creencia de que no poseen características “humanas”, da por sentadas las cuestiones morales al asumir que ciertas características son especiales, lo cual justifica un trato distinto. Incluso si, por ejemplo, los humanos fueran los únicos animales que pudieran reconocerse en un espejo o comunicarse a través del lenguaje simbólico, los no humanos son capaces de volar o de respirar bajo el agua sin ayuda alguna. ¿Por qué es mejor la habilidad de reconocerse a sí mismo en un espejo o de usar el lenguaje simbólico en un sentido moral que la habilidad de volar o respirar bajo el agua? La respuesta, por supuesto, es porque nosotros lo decimos así, y porque nos interesa decirlo de esa manera.

Además del interés propio, no hay ninguna otra razón para asumir que las características consideradas como únicamente humanas nos permitan usarlas como justificación no arbitrarias para explotar a los no humanos. Y, aunque si a todos los demás animales les faltara una característica particular además de la capacidad de sentir, o la poseyeran en un grado menor que los humanos, tal diferencia no podría justificar la explotación de los no humanos.

Las diferencias entre humanos y otros animales pueden ser útiles para otros propósitos. Ninguna persona sensata argumentaría que los animales no humanos debieran conducir, votar o ir a la universidad, pero tales diferencias no tienen relación alguna con la cuestión de si deberíamos comerlos o utilizarlos en experimentos. Reconocemos esta conclusión cuando está relacionada con humanos. Cualquier característica que identifiquemos como únicamente humana estará en un grado menor en algunas personas y en otras, completamente ausente. Algunos humanos tendrán las mismas deficiencias que asignamos a los no humanos, y aunque éstas pueden ser útiles para algunos propósitos, no tienen validez para decidir si explotamos o no a dichos humanos.



Consideremos, por ejemplo, la autoconciencia. Cualquier ser sintiente debe tener cierto nivel de autoconocimiento. Ser sintiente significa ser una clase de individuo que se reconoce a sí mismo sin confundirse con ningún otro, el cual está experimentando sufrimiento o aflicción. Incluso si definimos de manera arbitraria la autoconciencia en un modo exclusivamente humano como: individuo capaz de reflexionar acerca del pensamiento. A muchos humanos, incluyendo aquéllos que tienen severas discapacidades mentales, carecen de este tipo de conciencia. De nuevo, esta “deficiencia” puede ser útil para algunos propósitos, pero no tiene ninguna validez en cuanto al uso de tales humanos en dolorosos experimentos biomédicos o en la donación forzada de sus órganos. Al final, la única diferencia entre humanos y no humanos es la especie, y la especie no es más que una justificación para la explotación al igual la raza, el sexo o la orientación sexual.

Por eso el enfoque de las mentes similares está equivocado, y sólo creará nuevas jerarquías especistas, en las que llevaremos a algunos no humanos, como los grandes simios o los delfines, a un grupo preferente, y continuaremos tratando a los demás como cosas que carecen de intereses moralmente significativos.

Sin embargo, si queremos pensar con seriedad acerca de la relación entre humanos y no humanos, necesitamos centrarnos en una, y sólo una, característica: la sensibilidad. Lo irónico es que aseguramos tomar en serio el sufrimiento de los no humanos. Como una cuestión de moralidad social, estamos prácticamente de acuerdo en que es inmoral infligir sufrimiento “innecesario” o la muerte a los no humanos. Para que tal prohibición tenga algún sentido, el ocasionar sufrimiento en los no humanos simplemente por placer, diversión o conveniencia debe ser descartado.

El problema es que aunque desaprobemos el sufrimiento innecesario de los no humanos, la mayoría de su sufrimiento y de sus muertes pueden ser justificados sólo por nuestro placer, diversión o conveniencia, y de ninguna manera pueden ser caracterizados verdaderamente como “necesarios”. Matamos billones de animales anualmente para obtener alimentos. De ninguna manera es “necesario” comer carne o productos animales. Ciertamente, un número creciente de profesionales de la salud afirman que estos alimentos pueden ser perjudiciales para la salud. Además, los científicos ambientales han mostrado las tremendas ineficiencias y costos de la agricultura animal para nuestro planeta. En cualquier caso, nuestra justificación para el dolor, el sufrimiento y la muerte infligidos a estos animales no humanos de granjas, no es nada más que nuestro gusto por el sabor de su carne.

Y ciertamente no es necesario utilizar no humanos para deportes, caza, entretenimiento, experimentación, y hay muchas evidencias de que la dependencia de modelos animales en experimentos incluso puede ser contraproducente.



En resumen, cuando se trata de no humanos, exhibimos lo que puede ser descrito de la mejor manera como esquizofrenia moral. Decimos cómo deberíamos tratar a los no humanos, y hacemos todo lo contrario. Por supuesto, estamos conscientes de que nos falta un acercamiento satisfactorio a nuestra relación con otros animales, y por algún tiempo ya hemos tratado de encontrar uno.

Si tomáramos en serio el principio de que es inmoral infligir sufrimiento innecesario a los no humanos, dejaríamos de traer al mundo animales domésticos para uso humano, y nuestro reconocimiento del estatus moral de los animales no dependería de las habilidades de un loro para entender matemáticas o de un perro para reconocerse en un espejo. Tomaríamos en serio lo que Jeremy Bentham dijo hace más de 200 años: "La cuestión no es si pueden razonar, ni si pueden hablar, sino ¿pueden sufrir?".

*© Gary Francione, del original en inglés. Por favor no reproducir sin permiso del autor.

Artículo publicado en *The New Scientist*, 8 June 4-10, 2005, p. 51-52.

**Traducción: ©Ana María Aboglio. Por favor no reproducir sin permiso de la traductora, bajo los derechos reservados por Anima.